

The background of the cover is a photograph of a rugged coastline. In the foreground, several large, dark, rounded rocks are scattered across the shore. The ocean is a deep blue-grey color, with white foam from waves crashing against the rocks. In the distance, a thin line of land is visible on the horizon under a pale, overcast sky. The overall mood is somber and atmospheric.

# **ASESINATO EN CORNUALLES**

**RAFAEL SALCEDO**

# ASESINATO EN CORNUA- LLES

Una obra original de  
Rafael Salcedo Ramírez

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ 2016. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. 2016. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© ROMAN GRAC. 2016. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la fotografía de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

Diseño de la portada

PONTUS GLOBAL SOLUTIONS LTD.

Fotografía de la portada

ROMAN GRAC

*“El mal es vulgar y siempre humano, y duerme en nuestra cama y come en nuestra mesa”.*

W. H. Auden

## PRÓLOGO

El ventanal de la escuela de St. Ives, localidad costera británica situada en el vértice más occidental de Cornualles, ofrecía una visión que provocó una sensación tan espeluznante como atosigante en Daphne Cairn; doce años, diez centímetros más alta de lo que su edad requería, piel tan rosada como delicada, cabello rubio que rozaba la línea del albino, ojos tan azules como el cielo del mediodía en las jornadas de estío en la tierra que le había visto nacer y una mente, las más de las veces, enfrascada en sueños y quimeras.

No eran las aguas traicioneras del imponente Mar Céltico o "An Mhuir Cheilteach", como aún algunos le denominaban con respeto al nombre original dado por los irlandeses al otro lado de su límite intangible; profundo y poderoso vecino de los habitantes "Cornish" del lugar con el que éstos mantenían desde la noche de los tiempos una relación de amor y odio a partes iguales, cuyas orillas se encontraban a escasos metros del centro docente, acostumbrada Daphne

desde la cuna a su insidioso hábito de mostrarse enfadado con la tierra donde sus aguas fenecían bravas; ni tampoco la tormenta en ciernes creciendo allende la inmensidad del océano formándose envuelta en cíclicos relámpagos, cuyo fulgor se apreciaba en silencio por la lejanía, hacinándose como cohorte lista para el ataque en el campo de batalla, algo que sus ojos apenas prestaban atención ya cansados de que más tarde repitiese la naturaleza el ritual de viento, agua a manta y truenos que, a fuerza de escucharlos, apenas le amedrentaban.

Ni mucho menos eran estos hechos -comunes y hasta cotidianos en ese preciso día que concluía el mes de abril y anunciaba aquella revuelta tempestuosa la llegada de mayo- los que habían hecho mella en su ánimo. Hasta cierto tembleque, casi imperceptible para quienes le rodeaban en la clase, llegó ella misma a notarse en las manos a las que con gesto vigoroso logró que le obedecieran agarrándose a los bordes del pupitre sin apartar la mirada de aquel ventanal donde vio reflejada su pesadilla.

Esa fobia irresistible, sudándole las manos y perlando su frente mientras sus tiernos pezones se encogían hasta dolerles, Daphne la tenía ante sus ojos y ni siquiera el parapeto vítreo del enorme ventanal orientado al mar le impedía sentir la comezón de su pavor por la estampa de las sinietras gaviotas reidoras cruzando el cielo a contraluz; en ese instante el firmamento encapotado ya presto para descargar la furia de los elementos.

Daphne, sustrayéndose de cuanto le rodeaba, revivió con terror la experiencia de la que fue protagonista cuando, recién cumplidos ocho años, se encontraba junto a sus padres en el puerto en un día de principios de agosto, momento en el cual se duplica la población gracias a los turistas y la brisa tibia hace olvidar las duras jornadas invernales, mientras el sol parecía dueño absoluto de la bóveda celeste impidiendo con su poderío el cerco de las borrascas amenazantes; impulsadas desde lo remoto e insondable de su solitario reino en el corazón del colosal y tenebroso mar.

Daphne pareció sentir en sus manos aquel helado recién comprado por su padre, resbalando pegajoso ya desleído por la galleta para luego deslizarse en silencio por sus manos aún infantiles y también, con un escalofrío, el repentino y feroz ataque de una gaviota que seccionó buena parte de su dedo meñique de un certero picotazo a la vez que ésta engullía el helado y dejaba un reguero de sangre tibia en su huída alada.

*-¿Podrías repetir lo que he dicho, Daphne?-* escuchó ésta dando un respingo tal que provocó la carcajada general de sus compañeros de clase, quienes fueron abandonando el estruendo al ver cómo las lágrimas surgían a borbotones de sus ojos.

*-¡De acuerdo, silencio!-* ordenó iracunda y alzando la voz en lo que podía la señorita Ruth Bale, una galesa afincada en Cornualles desde que había terminado sus estudios hacía muchos años, en los cuales la soltería había logrado que su carácter se avinagrara hasta el punto de perder ese punto de simpatía que había traído consigo al tomar la plaza en aquel colegio.

*-¡Y tú, jovencita, ya está bien de quedarte embelesada mirando por el ventanal!-*

*-Señorita, es que...-*

*-¡Silencio. Ni una palabra más! La próxima vez que no atiendas a la clase no tendré más remedio que advertir a la dirección y, como ya sabes, tus padres tendrán conocimiento por segunda vez de...-*

*-¡Las gaviotas, señorita...!-*

*-Pero bueno, Daphne, además interrumpiendo a tu profesora y...-*

*-¡Señorita! Daphne tiene miedo a las gaviotas ¿Sabe? Una le atacó y...-* terció en su ayuda Sara Howard, a la sazón mejor amiga de Daphne, en un gesto de solidaridad fuera de

lo común atendiendo al vendaval de furia que exhalaba la boca de dientes apretados de la profesora.

*-¡Sara! No es la primera vez pero sí la última que me interrumpes con tus alegatos defensores de Daphne y deja que ella misma sea quien dé una explicación convincente a su actitud...-*

*-Le picaron un dedo, señorita-* insistió en su actitud la pequeña Sara, una cabeza de altura menos que su amiga del alma y fiel confidente Daphne, pelo castaño recogido en una coleta desmañada y ojos vivarachos aunque algo menos que su lengua infantil dispuesta a enfrentarse, a lomos de su corazón rebosante de cariño por su amiga, a la odiosa docente; quien no tardó en tomar una actitud amenazante tras su insubordinación ante el plenario de alumnos que contenían las palabras con tal de no ser señalados.

*-¡Sara Howard, eres una...!-* se contuvo la profesora al sonar con estrépito la sirena que anunciaba el fin de las clases y como efecto inmediato la algarabía de los chicos a su cargo recogiendo sus enseres colegiales, donde no faltaban mochilas cruzando de pupitre en pupitre.

*-¡Daphne! ¡Sara!-* gritó la docente dirigiéndose a las dos niñas por encima del ruido de la clase rompiendo filas sus colegiales alborozados por la inminencia del fin de semana, el cual llegó a ser ensordecedor cuando las sillas metálicas

comenzaron a rechinar contra el suelo y los pupitres empujados con saña por algunos bravucones hartos de horas y horas sintiéndose atados a éstos *-Por vuestra impertinencia os quedaréis media hora más en la clase. Y no quiero que mováis un dedo, ni un centímetro hasta entonces ¿Entendido, jovencitas? Así aprenderéis a comportaros. Y no penséis que os vais a quedar a vuestras anchas porque voy a estar aquí sentada corrigiendo ejercicios y no quiero oír ni una palabra-*

Minutos después, sumidas ambas pequeñas en un silencio opresivo sólo roto por el sonido del viento que antecedió a la tormenta colándose por las vetustas ventanas de la clase y el lápiz de la profesora tachando con furia las respuestas erróneas de los ejercicios que corregía, las dos niñas se miraron en silencio y sonrieron con una complicidad habitual entre ellas.

Sara intuyó las ganas que Daphne tenía de acompañarle a la tienda del señor Carrington para comprar chokolatinas, por otra parte algo prohibido de manera estricta por sus respectivas madres, pero también saltado a la torera por las dos cada viernes al finalizar las clases semanales. Era un secreto bien guardado y cuyo gasto era proveído por la propia Sara, a quien su tío surtía de reservas monetarias por ser su única sobrina, lo cual ella aprovechaba.

Daphne, de igual forma adivinó el pensamiento de su amiga y escudera de correrías y travesuras, además de confidente de sus gustos varoniles. Solo ella sabía de su predilección por Allan Stone, un chaval que contaba con dos años más que ella y también varios centímetros de estatura por encima de la suya, de sedoso pelo negro y ojos del color del trigo en los albores de la primavera. No podía resistirse a su mirada, un tanto altiva, pero de igual modo atractiva a rabiar.

Sólo coincidía con él al salir de clase y justo en ese mismo instante, apresada por la severidad de la profesora Bale, imaginaba cómo estaría cruzando el patio del colegio hacia la salida donde ella no podría esperarle y lanzarle una mirada que, tenía que reconocer, en la que él apenas reparaba.

Sin embargo, poco le importaba puesto que sólo se conformaba con ese roce inmaculado, tan platónico como poco correspondido, lo que le hacía aún más deseable en su intimidad de la que Sara era partícipe por sus confidencias, las cuales ésta guardaba con celo y lealtad a su amiga del alma.

*-Está bien por hoy, niñas-* rompió con aquellas palabras pronunciadas con menos furia la señorita levantándose y guardando sus cosas en el cajón de la mesa *-Y espero que estos minutos retenidas por vuestra actitud insolente os ha-*

*yan servido para recapacitar. Podéis marcharos pero mucho ojo cómo os comportáis a partir del lunes próximo-*

Ambas infantas, punto en boca y cabezas gachas, abandonaron la clase de forma silenciosa casi rozando los pies con el suelo y procurando ni siquiera acercarse a las sillas de patas metálicas con tal de no provocar ruido alguno. Sin embargo, una vez estaban en las escaleras y bien lejos de los ojos de lechuza de la profesora, las dos bajaron los peldaños con el júbilo contenido y las risas propias de su corta edad.

Hasta Sara se permitió, no sin antes mirar hacia atrás por el pasillo que conducía al exterior del centro escolar y dos veces por si acaso, hacer una imitación de la severa señorita que se ajustaba tanto a la realidad que a Daphne le faltó poco para caerse al suelo de las carcajadas que le provocaron. Volvían ambas al fin a ser ellas, dejada atrás esa disciplina que detestaban de igual modo, y la libertad les besó en la frente.

El viento, adalid de la tormenta, les advirtió debían buscar pronto sus respectivos hogares y además el retraso en salir les impedía el ritual de la compra de chocolatinas, de tal forma que se despidieron al residir en barrios opuestos de la población, pero no sin antes quedar para verse al día siguiente, un sábado primero de mayo, para ir a patinar don-

de Sara conocía que su amor inalcanzable solía hacerlo con su pandilla de amigos.

*-Daphne ¿Me llamarás después?-* preguntó Sara, abrochándose la chaqueta que cubría el riguroso uniforme de oscura apariencia sólo salteado de pequeñas listas rojas, volviéndose hacia su amiga.

*-Nada más que me meta en mi cuarto, Sara. Tenemos que hablar de quién tú sabes-*

*-Tengo novedades-* respondió Sara dejando ver en sus labios una sonrisa preñada de picardía.

*-¡No me digas! Pero...-*

*-Es algo que te contaré después, Daphne, así que no insistas o nos mojaremos-*

*-¡Sara! Por favor, dime algo-* se acercó a ella Daphne con las manos juntas tal si fuera a orar en un altar y su expresión se transformaba en infantiloides aún más; aunque menos que su tono de voz suplicante.

*-Bueno, un anticipo: Allan irá mañana por la tarde a casa de mi prima Gwen...-*

*-¿Cómo? ¿Qué? No me digas más, Sara ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Quiero ir, quiero ir! porfa-* apenas dejaba hablar Daphne a su amiga, presa de la excitación ante aquella noticia.

*-Bueno, tranquila, hablé ayer con mi prima y nos invita a su fiesta. Me costó convencerla, y es que ya sabes que son de dos clases más arriba que nosotras, pero le soborné un poquito-*

*-¿Soborno?-*

*-Sí, Daphne, un par de álbumes de su grupo preferido y tenemos el pase asegurado a la fiesta-*

*-Sara, cariño ¡Eres...! ¡Eres...!-* exclamó Daphne dándole un sonoro beso en la mejilla y un abrazo tan fuerte que incluso pareció crujir el encontronazo entre ambas.

*-Una amiga ¿No?-* dijo Sara completando la frase y devolviéndole aquel beso que también sirvió de despedida definitiva para después, brazos en alto y manos agitándose, decirse en silencio un hasta luego lleno de complicidad.

Daphne aceleró el paso decidida a compensar el tiempo retenida en la escuela, aunque haciendo cálculos compren-